

COSQUILLAS



Les recomiendo a ustedes que compren el número de Primavera, en el que luce una de mis más fastuosas y sugestivas toiles.

Apunte del natural, por Demetrio.

(El dibujo representa a nuestra gentil amiga, la notable bailarina rusa Vera Vanuska, que muy pronto actuará en uno de los teatros de Madrid).

30 céntimos

Biblioteca Regional de Madrid

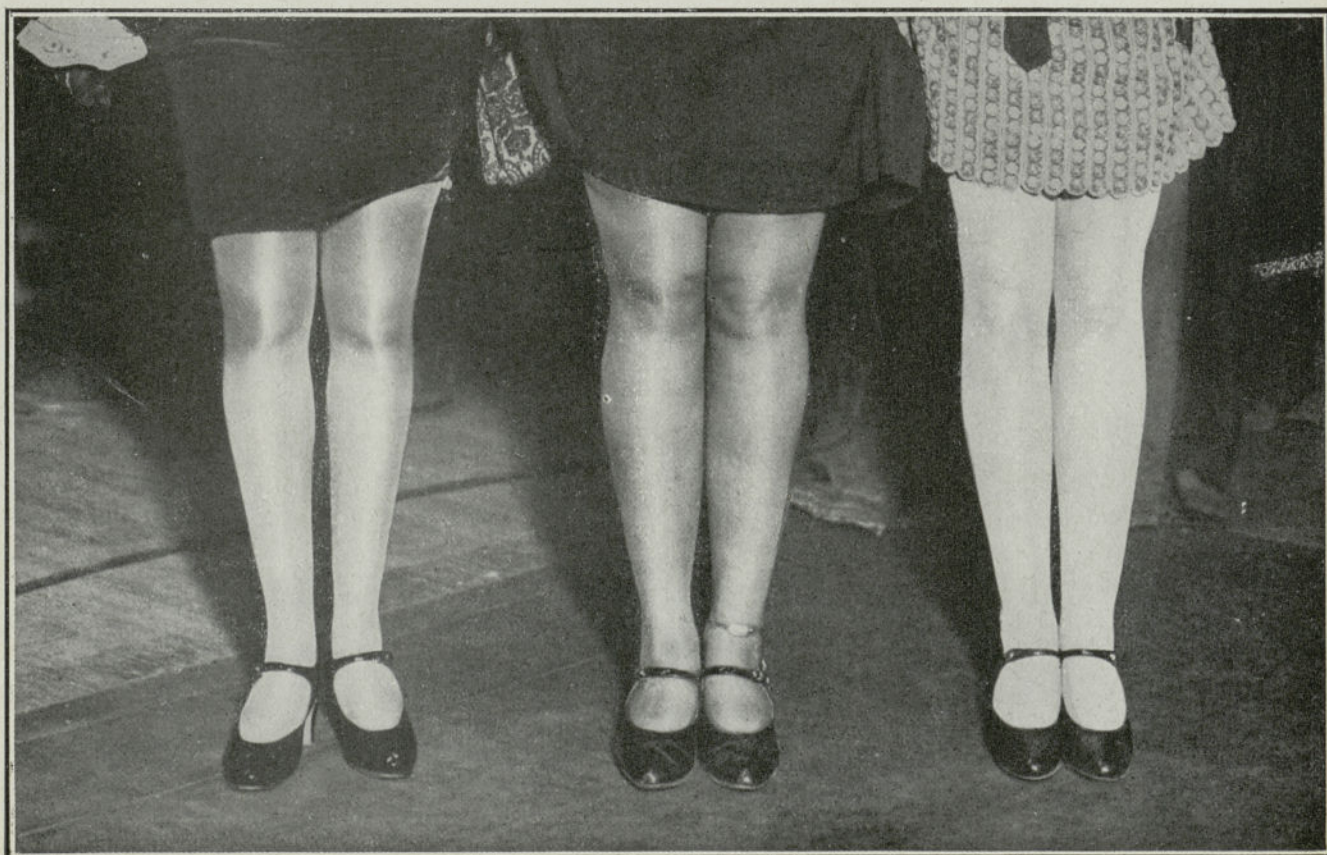


REAPARICION DEL CONCURSO DE
PIERNAS, PRIMERAS ZONAS DEL
MUSLO Y PINRELES

Ahora es cuando vamos a ir dando las
piernas *platino*; pero habéis de tener un
poco de paciencia.

Vuestro hasta la náusea,

INCÓRDIEZ



COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.255

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ



Año II Madrid, 16 de Abril de 1927 Núm. 29



Cositas en estado de feto

por

“El Chino desconocido”

¡El compromiso en que se verían algunos autores que cobran cantidades fabulosas, si los obligásemos a escribir!... Porque resulta que se asegura que Fulanito no es el autor de esa obra de la que lleva cobrados nueve mil duros, y que el asunto y dos actos y medio de los tres de tal otra obra, de la que también ha cobrado veinte mil pesetas, tampoco son suyos. Resulta que la historia teatral del popular autor, su verdadera labor personal, son tres villancicos que... tomó de un calendario.

¿Y entonces? ¿De qué clase de carreta debe tirar ese autor?

La transparencia de las telas con que van a velar sus cuerpos este verano las señoras elegantes, acrecentará en un mil por uno el caso del amor de muñeca.

¡Qué cómodo va a resultar este verano el quedar satisfecho de una dama!

Cómodo para él y para ella: Porque si él no encontrará ningún obstáculo en la vestimenta, ella con ese corte de pelo, no tiene ni que despeinarse.

Y con esas cosas, el Paraíso de Mahoma, comparado con el actual momento amatorio, resultará una barraca de feria.

¡Y nos vamos a dar cada verde!...

Que va a elevarse el precio del yodoformo.

Desde que se ha empezado a discutir de que hay que terminar con

Este número ha sido revisado por la censura.

el bárbaro privilegio del marido burlado que puede escabechar a su costilla si la sorprende en *decubito de adulterio*, hay señoras que hasta hace unos días eran de una honestidad de estameña que empiezan a llevar la falda por lan inglés y a llamar seductores y guapísimos a los serenos de su barrada.

Yo creo que se debe desterrar ese condenable derecho de matar: no creo que el marido debe matar a la adúltera; todo lo más, ponerle un par en todo lo alto.

Porque si los maridos desgraciados quedan sin derecho de defensa ante la lascivia de su mujer, estoy viendo que se procederá a la apertura de once academias para aprender a mugir elegantemente.

Club Incórdiez

Queridos hermanos: esta semana no tengo tiempo para nada; en el próximo número hablaremos. Decidle a nuestro camarada P. P. M. que no acudió a Martín, en cuya taquilla le dejó su butaca.

Vuestro,

INCÓRDIEZ.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Una reina de incógnito

¡Ojo avizor! El sábado próximo pasado, según telegramas de Prensa publicados en todos los periódicos, embarcó en Vigo, a bordo del trasatlántico francés "Niágara", la señorita Española, aspirante al premio en el Concurso de Belleza Mundial que ha de celebrarse en los Estados Unidos a primeros de mayo.

Van en el mismo buque la señorita Francia, la señorita Italia, la señorita Portugal y la señorita Luxemburgo...

Viaja la señorita España sin otro cortejo que una decorativa señora de compañía—"carabinas", las llaman los deslenguados—, y no lleva más equipaje que un par de baúles y hasta media docena de sombrereras. La despidieron en el puerto sus familiares y algún que otro periodista. Los honores oficiales quedaron reducidos al rotundo piropeo que le rindió un carabinero cuando ella trepaba por la escala...

¿Cómo, dónde, cuando, ha sido coronada esta reina de la belleza española, que aspira al cetro de la belleza del mundo?... ¿Quién es?... ¿Cómo se llama?... ¿En qué lugar nació?... ¿Qué señas tiene?...

Más diligentes que nosotros, más cuidadosos de sus prestigios, los franceses, los italianos, los portugueses, han revestido de gran pompa la elección de su belleza nacional y la elegida gozó, antes de emprender el triunfal viaje transmediterráneo, de todas las exaltaciones y de todos los placeres.

Sabemos, así, que la francesa es una "midinette" encantadora, ni alta ni baja, ni morena ni rubia, ni gruesa ni delgada, que mide, exactamente, las proporciones de la Venus de Milo. Un jurado competente, compuesto de cinco varones llenos de sapiencia, la midió, la pesó, la calibró, y la coronó.

Tres días estuvieron encerrados en el Louvre con las aspirantes—siete u ocho doncellas—, y, al salir, se les notó echos ciscos; pero muy satisfechos. Las muchachas, no tanto...

La italiana se llama en la vida privada "la signorina Gallo". Es coterránea del vermouth, y como la francesa, costurera de oficio.

Alta, delgada, con los ojos negrísimo y el perfil aristocrático, "la signorina Gallo" representará dignamente en América la tierra de Julieta y de Francesca de Rimini.

Antes de partir ha sufrido los asaltos de los periodistas y de los fotógrafos y hasta ha quedado en cinta, solicitada por una empresa cinematográfica que ha impresionado un "film", que se ro-

dará en todos los "cinemas" de Italia para que la admire la muchedumbre, ansiosa de saber si alcanzará la palma de la victoria.

La portuguesa, hija de un carbonero y de una portera, se llama Margarita Bastos. Y su belleza es tal que, al emprender el viaje, fué tanta la aglomeración de público, tales los apretujones, que "Miss Portugal" se desmayó en Oporto y en Tuy...

Nuestra reina, entre tanto, no sabemos quién es, ni quién la ha proclamado, ni dónde fué elegida...

Pero, no nos importa. Si es que no han hecho trampa; si no la han designado, por ejemplo: las damas del "Lyceum" en "petit comité", suya será la gloria.

La elección en España hubiera sido trágica. Circunscrita al gremio de las modistillas, nueve mil candidatas hubieran puesto en grave aprieto a los designadores. Sin pretensión de plebiscito, sólo al verlas pasar a nuestro lado, cada día nos producen dolores de cabeza. Y todas, todas, todas, se nos antojan dignas de empuñar el cetro si han ansias de realeza y de ponernos el gorro si las diera por ser republicanas...

LEOPOLDO BEJARANO.



La hija del nuevo rico.—¡Voy a ver si me acostumbro al baño, porque a lo mejor este verano...!

Dib. de Santaballa.



ENTRE COCOTAS, por Demetrio.

—Eres demasiado romántica, Malagueñita. Nosotras debemos cultivar el viejo acaudalado; porque el joven vigoroso abunda. No tienes más que guñar un ojo y no te dan tiempo a aligerarte de ropa.



CRONICAS CAFRES

Un banquete en Cafrería

¡Alzán maquilá de la patá! Zurullo Kaliva del Kulí! ¡Arremanga arremanga arremanga!... Que los dioses os colmen de altramuces o como se llamen por esas tierras. Que la caída de la tarde os llene los bolsillos de torraos... Que...; que le den morcilla al que os haga mal de ojo. (Para evitar este mal, debéis arrimaros de espalda a la pared.)

Queridos lectores de COSQUILLAS: os tiro un *bocao* de agradecimiento por vuestras cartas pidiendo por depósitos de energía, que yo reanude mis *Crónicas Cafres*: En vuestro honor he celebrado una cacería en mi persona, cobrando más de trescientos piojos como caima-

nes. Bueno; ¡es que ya me empujaban para donde querían ellos! ¡Salud y riñones!

Hace pocos días se celebró un banquete al que tuve que asistir (aunque esto de los banquetes me procrea) en mi calidad de *Presidente de la Asociación de la Prensa de Cafrería*. Conforme se *Entra a Mano izquierda*.

Nos comimos una inglesa blanca y riquísima, cuando menos la parte que a mí me tocó, que era de lo mejor de las partes de aquel cuerpo.

Hubo un momento en que yo creí que en vez de a la inglesa, nos estábamos comiendo a su marido, que es un naturalista con barba corrida; pero Zapullo, el cocinero, me explicó que no había tenido tiempo de descañonarla. Yo me comí la parte más trabajada, pero tal vez por eso, la encontré de lo más sabroso que he comido en mi vida.

El banquete fué aviesamente organizado por un sinvergüenza de estos que abundan por *acá*, que no sabiendo otra cosa que hacer, y en la más absoluta carencia de comestibles se dedican a organizar esos banquetes en los que la gente va a la arrastrandilla y poniéndole motes obscenos y ofensivos al homenajeado, a su padre y a todas las tías que le hayan correspondido en el árbol genealógico. Esos banquetes digo que se dan a un señor, no por sus altos méritos que aunque soy un cafre, no me aparto de glorificar al genio, por más que el genio no necesita de ternera con guisantes para resplandecer brillante, cegador. Esos banquetes que se organizan entre las maldiciones de los comprometidos a adquirir la tarjeta, y que tienen por objeto el festejar que un amigo toca *La Viuda Alegre* utilizando el regüeldo como instrumento musical; o porque otro hijo de... vecino ha estrena-

CINE RASO



La mamá a la hija.—Dile al taquillero que no quiero estas entradas.

La hija.—No sé por qué.

La mamá.—Porque no te has dado cuenta de que cada día nos toca más atrás.

Dib. de Gros.

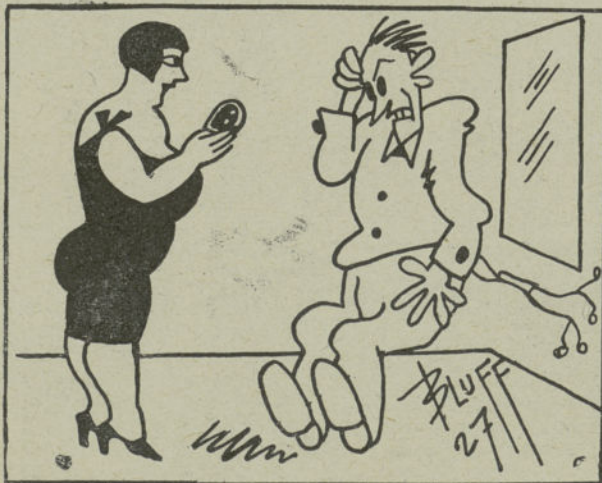
do una comedia robada de tercera mano y que pretende hacer pasar por más original que la madre que la iluminó: en fin; de este jaez fué el banquete al que tuve la desgracia de asistir porque a ello me obligó el miedo de que el homenajeado, hiciera público—en caso de no haber asistido a su homenaje—que yo cobro cuatro o cinco sueldos por presumir de no hacer nada. ¡Y no es cosa de perder el momio!

A los postres, que consistieron en bolitas de pan mascado por el santón, y gallinejas espolvoreadas con bicarbonato, brindó con tartajosa palabra el homenajeado, el cual pidió a los Poderes públicos que se obligue a nuestras mujeres el uso del sujetapechos para evitar ese descolgamiento que en las negras produce el más exacto parecido a dos pimientos *asados*.

Yo como representante de la Prensa cafre, hube de gruñir unas laudatorias palabras en honor del mala bestia, y aproveché la ocasión para proponer que en lo sucesivo no se exija el conocimiento de la gramática a los periodistas de cafrería, porque estoy viendo que como llegue a inmiscuirse el público en ese respecto, me van a mandar a recoger alfileres del suelo.

¡Y vamos... todavía...!

KARABA.



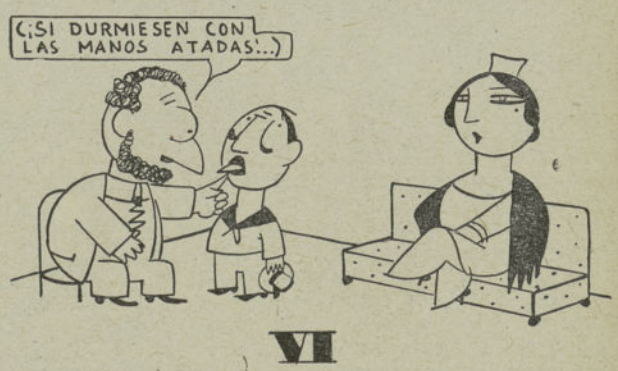
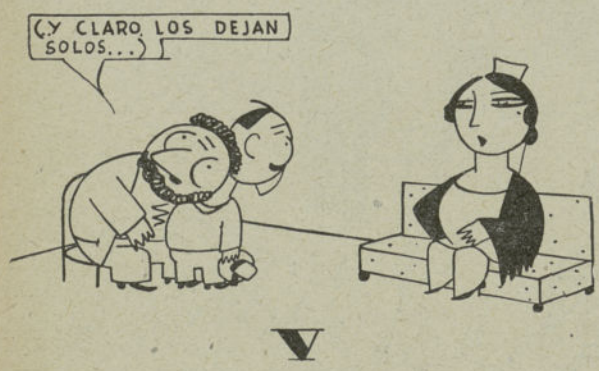
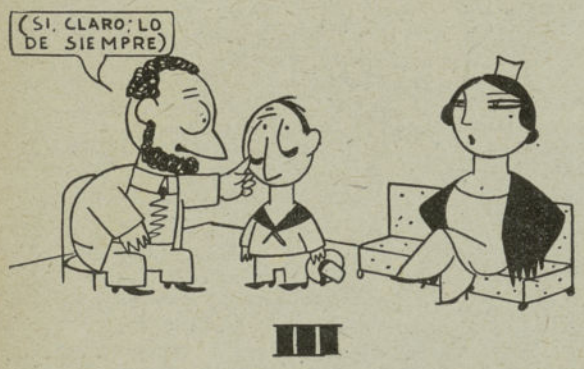
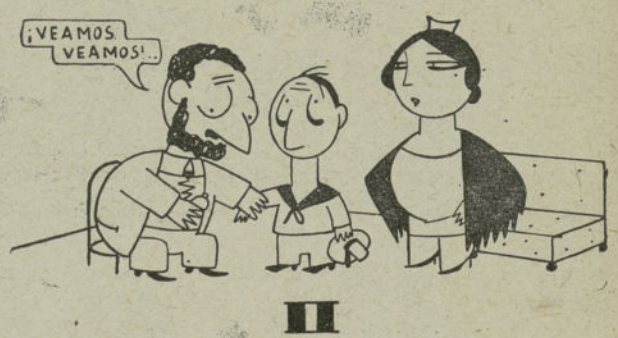
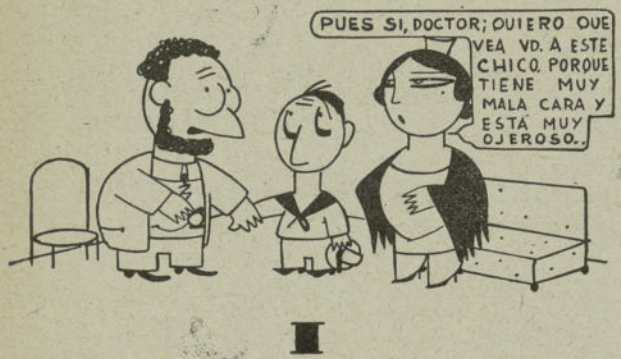
—¿Por qué estaba este tación de goma pegado al pantalón que llevabas anoche?

—¡No me lo recuerdes, porque me muero de rabia!... Es que tuve unas palabras con el bestia de Rodríguez.

Dib. de Bluff

Vean la revista "Cosquillas" que se representa con gran éxito en el teatro Eldorado.

LOS CAPRICHOS, por Mihura





AVISO

En vista panorámica de las muchas cartas que recibo y en las que mis numerosos admiradores y algún que otro hijo de las Ventas, me consultan diferentes problemas relacionados con el amor y el agua de Solares, me veo precisado a abrir esta sección después de haberlo consultado con varios amigos de mi más absoluta confianza, y, digo confianza, porque hasta ahora no se me han llevado más que un perchero y dos mesas de despacho.

Claro que esto para mí, no supone ningún esfuerzo. Yo lo mismo les abro a ustedes una sección literaria, que una lata de sardinas.

Yo, en tocante a abrir, soy un sereno de la calle de la Aduana.

En esta sección contestaré una vez al mes, a todas esas susodichas cartas con mucho gusto, y con una pluma estilográfica que me ha regalado un colchonero amigo mío y que en esto de las plumas está más entendido que un aficionado a las becerradas.

Toda la correspondencia y algún que otro pitillo, pueden dirigirlo a mi nombre y a esta administración, y yo contestaré con una amabilidad que sonriase ustedes despectivamente de los agentes de seguros contra incendios.

Se lo juro a ustedes por la gloria de Beethoven, cuyo centenario lamento, porque padezco neuralgias.

Y con el permiso de ustedes voy a contestar igual que las criadas de siete duros y del Puente de Vallecas.

Comentario que hace el autor para darle un poco de más amenidad a estos artículos.

¿Han visto ustedes qué días más buenos están haciendo? ¡Parece que estamos en verano!...

Fin del comentario.

CONTESTACIONES

Una viuda. Logroño.—Lo mejor son las berenjenas.

Mimi Luarco. Madrid.—Sí, señorita.

Lo comprendo. La primavera con sus flores y sus perfumes abre los sentidos al amor. A mí me pasa lo mismo.

¡Es el amor que nos envuelve! ¡La primavera, la primavera! Dígame usted que los mejores son los reforzados de 1,50.

X. X. Alicante.—Las palabras que más se emplean en esos casos son: "Nene mío", "¡ay, chiquillo!", "¡qué bruto eres!" y "¡me matas, negro!", aunque esta última no la deben decir las señoritas de diez y siete años que se hayan educado en el "Sacre coeur".

Josefina. Barcelona.—Le digo lo mismo que a la anterior. Pero sí, como dice, es usted de una temperatura exageradamente sentimental, puede usted añadir: "¡Te comía los riñones, pituso!", que es más nuevo.

Carlos S. S. Jaén.—No, señor. Para dos horas no es necesario quitarse los calcetines.

Poquita Cosa. Chile.—¡Hombre, por Dios, qué ignorancia! A los nueve meses.

Pocholita. Madrid.—Si su novio le dice en broma: "Al higuí, al higuí, con la mano no, con la boca sí", dígame usted a él lo mismo.



—Es la quinta vez que me visto hoy. Les supongo a ustedes tan inteligentes que comprenderán que si me he vestido cuatro veces, es porque me he desnudado otras tantas.

Dib. de Picó.

Un ingenio. Málaga.—Sí, señor. En esos casos está muy indicado el camelo. Si ella es una infeliz señorita que va a perderse inconscientemente porque ha visto seguidas dos puestas de sol en Villalba, para convencerla, no tiene usted más que decir estas palabras:

—¡No tengas miedo, Matilde! ¡No llores! En nuestras almas sólo existe un amor casto y al ser casto, es puro y al ser puro, es habano, digo, humano. ¡No llores, nena! ¡Nenita! ¡También nuestros padres lo hicieron!

Y ella dirá:

—Sí. Pero se casaron antes.

Y usted entonces debe responder:

—¡Bah! ¡Y qué importa un enlace si dos enlaces no son más que uno? (Y se despoja usted de la camiseta.)

Una recién casada. Madrid.—No, señora. No puede usted quejarse. Es el tamaño corriente.

Una aficionada al cine. Madrid.—No, señorita. Esto no es como al saludar. Se puede hacer con la izquierda.

Una exquisita que le molesta que hablen los hombres. Cádiz.—¡Señora, por siete pesetas y un dentífrico, un servidor va de cabeza.

Un sentimental. Madrid.—Sí, señor. Cuando yo era también un sentimental e iba con mi novia a la Moncloa, tampoco se me ocurría nada que decirle. Ahora, ya he crecido más y tengo un bonito repertorio de frases escogidas para esos casos. Las mejores son las siguientes:

“¡Qué espléndido día!”

“¡Fíjate, Leonor! El sol se oculta tras el horizonte y vuelan las nubes como pensamientos!”

“¡Ay de mí!”

“¡Yo quisiera ser aeroplano para volar!”

“¡Mírate en esa laguna para que el agua cante!”

“¿Crees tú que lloverá mañana?”

“¡Hay que ver! ¡Hay que ver!”

“Un árbol es un amante que está solo.”

“Las hormigas son gente que no sufre. Su corazón es tan pequeño como tu pie.”

“¡Va haciendo fresco!”

“Me voy a sonar.”

Y otras muchas que no digo porque me voy a fumar un cigarro.

Soltera y sola. Córdoba.—Me parece una estupidez que habiendo hombres de tres pares de narices, se consuele usted con los de dos.

H. J. Prosperidad.—No lo crea. Hay niños de quince años que en tocante a resistencia no son unos hombres. Son “La Granja del Henar.”

Y con esto he terminado la correspondencia de este mes.

¡Qué lástima!

Otro comentario del autor:

¡Qué buenas mujeres se ven en Madrid a eso de las siete y cuarto, ¿eh?!

Fin del comentario.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)



¡Ahora resulta que este perro es vegetariano!

Dib. de Picó.

Nuestro extraordinario 'de Primavera será algo epopéyico. ¡Desconfiad de las imitaciones! Nada como los extraordinarios de COSQUILLAS para olvidarse de que la vida está llena de facturas por pagar.

COSQUILLAS en Eldorado, o lo que hemos progresado

(Obra sencilla y ligera
que resultó de primera.)

Con un éxito que si lo pilla Azorín no hay disgustos (aquí estamos en el secreto), se estrenó el pasado viernes en el popular coliseo de la Chelito, una revista inspirada en el título de nuestra revista, que... ¡vaya revista! de aquí. Nosotros vivíamos en paz y en gracia de las señoras, insospechando nuestra dilatada popularidad, cuando, pese a la calidad de pendones que nos adornan, nos vimos honrados con una amable invitación de los autores para asistir al estreno. Es decir, que no obs-

tante ser pendones, los señores Boixader y Bódalo, nos honraban poniéndonos la flor de azahar de la popularidad.

¡Y vive Venus! (nosotros no juramos más que por esta diosa), que la obrita nos satisfizo y nos colmó de regocijo; podemos asegurarles que salimos colmados.

Movilidad, gracia, picardía y armas al hombro, todo en una pieza, hay en la pieza aludida, que dará más representaciones en Eldorado, que ejemplares tiramos nosotros semanalmente, y ya, es decir

En la interpretación se distinguieron todos, como dijo el clásico, por lo cual nosotros no queremos distinguir a nadie, pues pasamos una horita que no distinguíamos... cuál era la más guapa y devorable del conjunto de conjunto de chicas.

Chelito, rumbista de rumbo; Escrich, botones, que tiene a su albedrío la plaza de botones y una chaise longue en nuestra redacción; Diamantina, parisina divina peregrina y las consonantes en una que quieran aplicarle; "Ghinaldo"

portada con la que se podía triplicar la tirada o cuando menos doblarla, y las hermosas Ramírez Cid, Ramos y Magro, estuvieron como para darse un banquete y lamer el plato después.

De ellos, el señor Latorre, encarnando (mejor dicho, rojeando) el Incórdiez muy graciosamente y los señores Palomo González y Sánchez, muy atinados en sus papeles.

Muy bien el bailarín de la pareja Lilla And Santy, que repitió un difícil bailable, y sugestivamente semidesnudas las chicas por el excelente sastre señor Cornejo.

La música, linda no más, ¡che!, sobre todo una java que va a dar cada jabón.

Y ya diremos algo más en números sucesivos.

Estamos esperando una partida de fotos de la obra, que van a aumentar el valor de la revista de un modo alarmante.

Con esas fotos, no les quepa duda que se aumenta.



Ei.—Pero, mujer, si lo hacen todas!

Lib. de Bellón.



Charlas de Incórdiez

Madrinas de guerra

Que la mujer es un arcano, ya lo ha dicho un periodista que lleva muy buena carrera, aunque todo el mundo diga (¡naturalmente que en voz enana!) que es un carabao que no sabe deletrear. (Deben ustedes suponer, para evitar complicaciones, que ese periodista soy yo).

Y, en efecto; volviendo a lo del arcano de la mujer, he de añadir que es insondable en algunas ocasiones.

Voy a tener el gusto de hacerles a ustedes el relato de dos casos verídicos acaecidos en Madrid, los dos a dos hermosas madrinas de guerra, tanguistas ellas y descriadillantemente congostas de guapas las dos; pero diametralmente opuestas en el carácter y en el físico.

Una (ocultaré los nombres de las dos), alta, delgada y cimbreante como un tallo, rubia elegantísima, un poco extranjerizada por sus largas estancias en París, en Bremen y en Londres. Una mujer espiritual hasta el empacho, algunas veces. (¡Perdóneme, guapísima L.), pero distinguida, educada con exquisitez.

La otra heroína cultivadora del baile de *cabaret*, es más bien gruesa, morena agitanada y encumbrada hasta el lujo, más bien por su pujante belleza que por las luces de su inteligencia. (¡Perdóneme tú también, hermosa M.)

Ambas se hicieron *madrinas de guerra* de dos de nuestros soldados de África y voy a violar el secreto de dos cartas de las dirigidas a ellos por estas tan distintas mujeres. La carta de la rubia sentimental, dice así: "Amor mío; porque a través de tus cartas descubro con una luminosa alegría que puedo llamar amor mío, mi único amor: Tú me haces más llevadera esta estúpida película que represento en la vida como mujer de placer ¡El placer! ¡Qué asco! ¡Qué profundo desprecio siento hacia mí misma por no sentir la valentía de renunciar a este lujo que me esclaviza con sus garras enjoyadas, cuyos zarpazos son a veces tan suavemente acariciadores!... ¡Ay, que sí! Yo quisiera ser como las obras de arte, deslumbradoras de belleza, pero secretamente adoradas con exaltación, contemplada a respetuosa distancia, guardada por una barrandilla y por el inflexible rótulo de "se

prohibe tocar"... Te besa con el espíritu, tú..."

La carta de la gitanaza dice textualmente así: "Cerido Antonio, dende queleido tu carta de la sema napasá estoi que me restriego pol las paredes. Vaya gachó, ofreciendo canela me gusta eso que dices todo lo guardas pa cuando me tenga entre brazos que ya estoy deseando de estar como dices y además como no te puedes figurar tú porque yo por ti estoy que me tengo poner ielo porque eres mi hombre se te nota por lo que me dices que eres muy castizo y me gustas más que rascarme por entre los dedos de los pies que me gusta mucho recibe muchos besos y abrazos de tu siempre tuya gitano mío que te voy a comer yo a ti tu siempre tuya que te quiere M.

Que me escribas a mi casa porque en el cabaré mabren las cartas".

Hasta aquí, nada tiene de particular lo que llevo relatado. Lo interesante viene ahora:

Los valientes y sufridos muchachos, han venido a Madrid a disfrutar una corta licencia por su buen comporta-

miento y se han precipitado a entrevistarse con sus desconocidas madrinas, de cuya belleza tenían seguro indicio por las magnificas fotos de Walken, ese mago de la cámara oscura.

Y vamos al final como las balas, porque esto se hace largo.

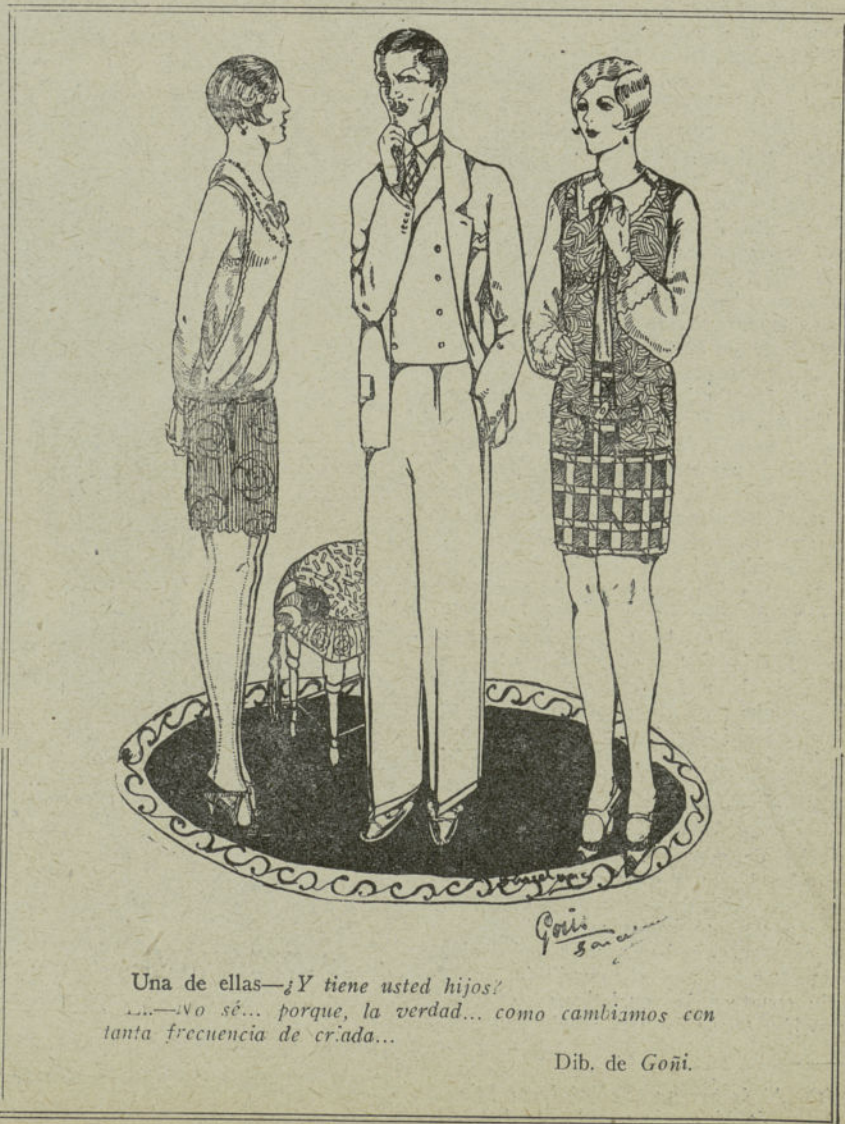
La gitana inculta, de bravía pujanza de hembra sensual, lleva cuatro días cogida de las manos de su soldadito, suspirando tiernamente, mientras le mira a los ojos y diciéndole con voz de suspiro: "Soñemos un poco; no me despiertes de este ensueño. Llámame virgen-cita".

Y la rubia sentimental, que tiene por costumbre en su estado normal de nutrirse con pétalos de rosa, en cuanto ha charlado dos horas con su ahijado, se ha puesto el corsé debajo del brazo, y anda por ahí por los desmontes con él rerozando con las piernas al aire y gritándole como una poseída, que le va a comer el esqueleto rico.

El que las entienda, que se las adjudique.

Vuestro hasta la glotis,

INCÓRDIEZ.



Una de ellas—¿Y tiene usted hijos?
—No sé... porque, la verdad... como cambiamos con tanta frecuencia de crada...

Dib. de Goñi.



Barcelona En Pyjama.

El compañero Fidel Prado—compañero, en la delicada ocupación de hacerles cosquillas a las lectoras (1)—, en una bella crónica, digna de la Antología, se duele amargamente de unos supuestos ataques míos a la cupletista. Fidel Prado es, desde hace muchos años, un estimable escritor y un estimable amigo mío. Hoy, como yo también, es un hombre acabado, un desplazado, un nostálgico. Y es que él se ha quedado un poco calvo y a mí me grisea el pelo de una manera muy alarmante. Es que envejecemos y, como para todos los viejos que en el mundo han sido, nuestros buenos tiempos eran más que buenos: eran mejores.

Yo dediqué una crónica a la decadencia de la cupletista, doliéndome de su desaparición. Porque, vamos a ver: ¿con qué se sustituye la cupletista, tan apetitosa, tan pródiga y liberal de su cuerpo, tan simpática, a pesar de algunos de sus cuplés? (2). Con algo horrible y calamitoso: el jazz-band, el *blak bottom*, y la garçone.

A Fidel Prado le duele que yo me meta con las cupletistas y los cuplés. Con las cupletistas, si ellas quieren—y Dios haga que quieran—seguiré *meñéndome* porque hay que aprovechar los pocos años de juventud que me restan.

En cuanto al cuplé... En España, el cuplé, las más de las veces, es una salvajada o una tontería mayúscula. España, que en la canción tiene un bello y rancio *jabolengo*, ha puesto el cuplé en manos groseras y viles, capaces de escribir Madrid con hache. Claro que hay excepciones; pero, desgraciadamente, son muy pocas. Ceferino Avecilla—un cronista de un buen gusto extraordinario—, Salvador Valverde—un poeta de la mejor cepa: la cepa andaluza que nos dió a Góngora— y el propio Fidel Prado—y no le incluyo aquí por cortesía, con ánimo de darle coba: sino porque es de justicia y en gracia a sus excelentes dotes de rimador—, han escrito cuplés llenos de gracia, de emoción, de elegancia, de euritmia. Tal vez existan otros autores tan apreciables como los mentados. Pero seguramente serán pocos y yo no los conozco. Lo demás es ramplonería, mentecatez, ordinariéz o cursilería.

En cuanto a las cupletistas... Yo he conocido tan sólo tres cupletistas in-

teligentes: Consuelo "Fornarina"—siempre, ante los balcones del Restaurant Martín, de Barcelona, me asalta el recuerdo de la adorable criatura—, Aurora "La Goya" y Conchita Ulía.

"Fornarina" murió: su voz de oro y su cuerpo bonito se fueron para siempre. Aurora "La Goya"—digna, por su ingenio, de tener un salón como Madame Geoffrin o Madame Recamier—, se casó. Afortunadamente, Conchita Ulía ha resucitado y su figura gentil aparece de nuevo en el tabladillo del music-hall.

He aquí tres cupletistas que en la cabeza tienen algo más que el pelo. Hoy, con la moda, las más de ellas, no tienen ni eso: ni pelo.

En cuanto a Raquel... No se lo diga usted a nadie, querido Prado... Raquel—ni antes, ni ahora con sus triunfos americanos—, nunca me pareció una artista inteligente.

LUIS CAPDEVILA



—¡No me abandones, Lolín; no me dejes; Yo seré un perro para ti...
—¡Pero hombre!... ¡Si ya no puedes ni ladrar!

Dib. de Herreros.

(1) Al lector que se las haga Rita.
(2) ¿Va bien así, querido Prado?



RESERVADOS VEGETALES, por Picó.

—¿Has citado a ése en el mis.mo sitio del Retiro?

—Sí; pero le he citado en otro árbol más grueso; el de ayer no nos tapaba del todo.

Dib. de Picó.

Una espera teatral que no concluye muy mal

(SAINETE RAPIDO.)

La acción en uno de los más castizos y populares coliseos madrileños, durante la espera para presenciar la sección de las diez, de un domingo. Uno de esos domingos en que la empresa tiene que sacar del cajón los duros con grúa, y el público tiene que sacar la entrada con tanque blindado.

El largo y estrecho pasadizo que oficia a modo de sala de espera, rebosa público hasta por entre los hierros de la verja que da entrada al interior. Una pintoresca muchedumbre, gente obrera, en su mayoría, se estruja innoblemente, ansiosa de conquistar las mejores localidades. El calor sofoca y el contacto de la carne en los sexos opuestos, pone los nervios al rojo blanco...

Una socia castiza (a un pollo que la estruja como si pretendiese hacer con ella una limonada).—Oiga, poyo? haga el orsequio d'arquear un poco el lomo, que m'está usted clavando en esta nalga un orjeto punzante.

El pollo (sin oscilar lo más mínimo).—Usted disimule. Es el pico de la llave.

La socia.—Pos a ver si dobla usted el



Ella.—¡Déjeme pasar! ¡Ya le he dicho a usted que le odio!

El.—Repáre usted que me lo dice con las faldas por el aire.

Dib. de Bellón.



—¡El infame!... Ya no vuelvo a tomar nada cuando me mande cerrar los ojos.

Dib. de Soler.

pico y disimula volviéndose d'espaldas.

El pollo.—Yo no doy nunca la retaguardia al enemigo.

La socia.—¡Adiós, Atila! No sé que va usted a dar entonces.

El pollo.—¡Yo, el pecho!

La socia.—Pos que le lleven a usted a la Inclusa, qu'está cerca. ¡Ahí va la ubre!

(Otro socio, a una que deja que se le arrimen sin tener tiempo de notarlo.)

El.—¿Le gusta a usted la compañía de este teatro?

Ella.—Mucho, sí señor. Sobre todo el primer actor tiene unas cosas. ¿Y a usted?

El.—También; pero me gusta más su compañía.

Ella.—¡Ay, qué gracioso!

El.—¿Tendré la suerte de que me toque usted al lao?

Ella.—¿Más que me está usted tocando?

El.—¡Mucho más! ¿Tíe usted buena entrada?

Ella.—Usted juzgará (mostrando la localidad).

El.—¿D'entresuelo? ¿A ver si tíe usted de primera? (Alarga la mano y toca algo más que la entrada. La beneficiada no pestañea). Sí... ¿Tíe usted delantera; pero, ¡vamos!, no es muy aliá. Se han dado a usted de gallo, ¿no está bien.

—¿Por qué?

El.—Porque usted es más que las gallinas, y eso no es hacer honor a sus prendas personales.

Ella.—¿Usted cree que tengo buenas prendas?

El.—No diré que el troseau sea regio, pero, pero, juzgo que merece ser deshabilleable.

Ella.—¿Y eso, qué es?

El.—Eso es, que aquí a la vuelta hay un hotel mueblé que podemos utilizar cómodamente mientras se aclara el local... ¿Está claro?

Ella.—Está verde...

El.—El verde vendría después.

Ella.—Se le va a indigestar a usted.

El.—Eso lo podemos ver probando, como las sandías.

Ella.—¡Qué vivo! Usted es de los que vienen aquí a sacar raja, ¿verdad?

El.—Tanto como sacarla. ¡No sea usted esagerá, prenda!

Ella.—¡Ni usted ansioso!

El.—Es que me la comia a usted y luego lamía el recipiente.

Ella.—¡Eso hará usted!

Las puertas que dan acceso al interior se abren violentamente. El público, en avalancha arrolladora, se lanza al asalto de las localidades atropellándolo todo. Nuestra pareja se ve en el centro de la vorágine, próxima a ser derribada. Ella, instintivamente, para no caer se aferra a un objeto que él la tiende galante y que, a juzgar por el tacto, debe ser un bastón de nudos...

Telón rápido.

FIDEL PRADO.

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos, «SECRETO FAUST», infalible ¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid Apartado 1.236. Madrid

Diccionario de COSQUILLAS

A

Continuación.

ACABA.—Lo que te dirán, seguramente, en más de una ocasión, si has pagado por adelantado; pero tú no seas tonto: como puedas, llévate el cacharro de aseo.

AHOGAR.—Caricia que se le puede hacer a la suegra cuando nos "cargue" más de la cuenta. Pueden usarse varios procedimientos; pero el mejor es meterla hasta la garganta un calcetín sudado.

AHORRAR.—Lo que yo no sé hacer: nada, que no ahorro nada, vamos...

ALIGERAR.—Cosa que debes hacer inmediatamente que llegues al palco. Lo primero que debes quitarla, después del abrigo, son las braguitas.

ALLEGADO.—Exclamación que profería un amigo mío—jugador de poker él—, siempre que, durante una partida, veía el "comodín"—"¡A-llegado, "a-llegado!"—gritaba.

AMBROSIO.—Un tío que tengo en "Piramidón de la Albondiguilla", provincia de Cuenca.

AMOLAR.—Lo que nos hace el iluso del sastré siempre que pretende cobrarnos la factura. ¡Pero qué se habrán creído!...

ARREBOL.—Por 1,25 pesetas, en cualquier perfumería.

ARROBA.—Lo que pesan las "protuberancias" de una "encargá" amiga de un servidorito, y que... vamos, que me distingue. Si te da con una te mata. ¡Palabra!

ASCO.—Cosa que deben de tener siempre las que andan "tontean-do".

ARRABAL.—Donde debes llevar a tu novia cuando anochezca. A no ser que dispongas de otro sitio mejor, porque entonces me la envaino.

ACOSADO.—A primeros de mes. Lo mejor es hacerse el loco y profanar la memoria de la progenitora del primer inglés que te tropieces. Te togen pánico y eres el amo.

ARRODILLARSE.—Vicio muy feo: lo mismo en él que en ella.

Continuará.

Madrinas de guerra

Desean madrina de guerra:

El capitán D. Luis Alfonso Gordó (de Cádiz o Sevilla, a ser posible).

Los tenientes D. Jaime García Laurel y D. Manuel Frías Gil (a ser posible,



LO DE SIEMPRE, por Bellón.
El novio.—Oye, niño, ¿por qué no te vas un ratito a la China?

Dib. de Bellón.

de Madrid) y el alférez D. Matías Burgos Company.

Compañía expedicionaria del quinto Regimiento de Zapadores (Tetuán).

Francisco Romeu Ruiz y Ricardo Ramírez Insausti. Bandera Depósito. 1.ª Compañía. Riffien. Ceuta.

Alfredo Vintin y Dionisio Leonardo. Batallón de Ingenieros. Plana Mayor. Ceuta.

Manuel Ramírez Fraga (cabo de cañón) y Juan Iglesias (marino de 2.ª) del crucero "Princesa de Asturias". Ceuta.

Juan José de la Cruz y José Luis Mendoza, del Batallón de Cazadores de África, núm. 16. Melilla.

Federico Rivero, Alonso de Olazábal, Fausto Moreno Lozano y Daniel González. Del crucero "Princesa de Asturias". Ceuta.

Mariano Domingo "El Tanguitos", Francisco Sorbos Bochs "El Vagonero", Carlos Berberides "El niño Tierno", Ricardo Rubio "El Harqueño", Anastasio Abril Romero "El Galápagos", Florencio Menchel "El Charlestón", Luis López Pareja "El Pringue", Vicente Badillo (El Bizco), Gregorio Fernández "El Chanchullo" y José Tiriti "El Pulgos". Servicios de Intendencia. Tafersit.



LEDESMA XXVII.

Ella.—¿Sabes que estoy muy ricamente tumbada boca abajo?
El.—Pues, me gustaría que hicieras un cambio radical.

Dib. de Ledesma.



Cuentos al oído

El último amor de D. Juan Alvarez

Don Juan Alvarez, médico de cierto lugar andaluz, encontró al cabo de los años enamorado de una tal Pepilla, mujer de mi herrero, a quien en vano bautizaron con el nombre de Tadeo, porque todo el mundo—el pequeño mundo del pueblecillo—llamaba por apodo *Machuca*. La cosa fué muy sencilla. La esposa de *Machuca* cayó enferma, *Machuca* hubo de llamar al médico y don Juan acudió, como es natural, a su llamamiento. Dió la casualidad que, cuando don Juan llegó a casa del herrero, la mujer encontrábase sin otra compañía que la de una vecina caduca y sorda. *Machuca* había tenido que salir al campo para arreglar una noria y no volvería hasta la noche.

Don Juan comenzó desempeñando a conciencia su cometido; pero, al ir a auscultar a Pepilla, sintió que sus sesenta años se le encalabraban de súbito. Y es que Pepilla estaba, aunque enferma, para tentar a un santo. Hallábase en el lecho. Sus cabellos negros y enortijados le hacían una aureola tenebrosa en torno del rostro ovalado y perfecto; ardían en éste las hogueras de sus ojos profundos, y sus labios, empalidecidos por la fiebre, se entreabrían como pasmados sobre un beso de amor. Tenía, además, mal velados los hombros ambarinos y su descote, corrido hacia un lado, descubría casi un seno redonduelo con la cúspide rosada de su pezoncillo enhiesto. Disculpemos, pues, a don Juan si sintió vacilar su corazón y si, así turbado, hubo de palpar más de la cuenta a la enferma. Al fin, tras de un prolongado examen, el doctor se sobrepuso al hombre y dictaminó que toda la dolencia de Pepilla se reducía a estar muy desnutrida. Era preciso que comiera mucho y bueno, que paseara por el campo, que no trabajara... Estas eran las únicas medicinas que debía recetarle.

La enferma, entonces, dejó caer de sus ojos unas lágrimas amargas, y habló a don Juan... Era el caso que la miseria había clavado las garras en su hogar. Bien se veía cómo la herrería dormía casi a diario en silencio, mudo el tintineo sonoro de sus yunque, exhausto el plegado fuelle, muerta la lumbré... El silencio de la herrería traía como consecuencia la alacena vacía, el corral deshabitado, el puchero vacío...

¡Qué pena!... Y su Tadeo, el pobre, no podía hacer más...

—No te apures, mujer, no te apures
—la interrumpió don Juan, prendido en

el garabato de sus ojos, nublados de llanto—. Todo se arreglará...

Y, en efecto, a partir de entonces, todo fué arreglándose poco a poco. La herrería de *Machuca* comenzó a trabajar casi exclusivamente para el médico. Cuando no eran los arados de sus yuntas, eran los encargos de rejas y de balcones para sus casas o los brocales para sus pozos o las ruedas de noria para sus huertas. Don Juan no regateaba el precio de los encargos y, además, con el pretexto de ellos, visitaba a menudo la herrería. En ella solía estar con frecuencia Pepilla. Ya se encontraba mejor. Daba gloria verla reír, loquear los ojos, cimbrar el cuerpo; encantaba escuchar el murmullo de su voz. Don Juan la miraba embozado. Mientras *Machuca* trajinaba con sus oficiales, él cercaba a la esposa, que, si, al principio, le escuchó escandalizada, ya parecía menos huraña y retraída.



REFRESCOS, por Picó.

Las otras.—¿Pero te has fijado qué afición?

“Dádivas quebrantan peñas”, solía decirse el médico. Y como era rico, no le dolía dar con tal de salir bien de su empeño. Quien viera antaño la casa de Machuca y la viese a la sazón, de seguro que no la conocería. ¡Qué vacía antes!... ¡Cuán repleta ahora!... Hasta las prendas, que habían caído en manos usurarias, fueron rescatadas y vueltas a los ventrudos baúles.

Pasó el tiempo resistiendo la mujer y acometiendo don Juan, cada vez más hundido en su pasión. Y, de pronto, he aquí que la casa llena comenzó a vaciarse rápidamente como si un vendaval de desolación pasara ululando por sus estancias. Los mismos muebles empezaron también a desaparecer. Un día, hallándose don Juan viendo a su amada, que nuevamente había caído enferma, sintió en una habitación vecina a unas mujercas que regateaban a Machuca el precio de un aparador.

Don Juan sin acertar a contenerse, cogió entre sus manos ganchudas de viejo el rostro delicado, marfileño de Pepilla y le preguntó:

—Hace tiempo que veo deshacerse este nidito, que yo te he ido preparando. No entiendo por qué. ¿Me quieres explicar este misterio?...

La cabeza de Pepilla se dobló de súbito, semejante a una tronchada azucena, sobre el pecho de don Juan. Y los sollozos contorsionaron violentamente su cuerpo.

—¡Av, don Juan!—pudo articular al fin—. Estamos perdidos, perdidos sin remedio. Todo cuanto usted hizo por mi Tadeo y por mí...

—Por ti, sólo por ti, Pepilla...

—Pues todo, con ser mucho, resulta inútil...

—¿Por qué, mujer, por qué?...—la interrogó don Juan otra vez.

Los sollozos de la mujer se hicieron más fuertes. Traspasaban el alma. En-

tre ellos, el médico pudo escuchar unas frases sueltas... “La casa hipotecada... A don Senén, el judío... Había que pagar dentro de cinco días... De lo contrario, se verían en medio del arroyo...”

—Lo estamos vendiendo todo por eso —concluyó un poco serena—; pero aun así, don Juan, no habrá bastante, ni mucho menos... ¡Ay, don Juan! ¡Soy muy desgraciada!...

Don Juan sintió contra su pecho el desasosiego enloquecedor de los menudos senos trémulos.

—No te apures todavía, mujer...—le dijo—. ¿Cuánto te hace falta?...

—Mucho. Unas cinco mil pesetas...

El médico lo pensó un poco; pero, al cabo, dijo:

—Mañana las tendrás, aunque con una condición...

Quedaron de acuerdo después de un rato de conversación. Don Juan le llevaría las cinco mil pesetas por la mañana, mandaría a trabajar a Machuca por unos días a una casa que tenía en el campo y por la noche, se presentaría en la casa para recibir la recompensa merecida, y otorgada ya, porque a un hombre tan complaciente y tan bueno, ¿cómo negarle nada?...

A guisa de despedida, don Juan estrechó entre sus brazos el cuerpo adorable de Pepilla. Y le besó glotonamente en el cuello, camino del hombro izquierdo, curvo como la luna en un pálido menguante...

Según lo pactado, al día siguiente, fueron entregadas las pesetas y enviado Machuca al campo. Por la tarde, don Juan, después de haber yantado, salió a dar un paseo.

Dejó atrás el pueblo y avanzó por la vía del ferrocarril, que orillaban unos almendros en flor. Jamás le pareció tan lenta la marcha del tiempo. Cuando se cansó de andar, sentóse encima de unas traviesas. Allí consiguió aislarse de cuanto le rodeaba, pensando en la noche próxima. Veíase ya con Pepilla en los brazos, sin saber a dónde acudir con la boca, con los ojos, con las manos de tantos hechizos como le incitaban a un tiempo. Así se le pasó mejor la tarde. Casi anochecido, le sacó de su ensueño el jadeo de un tren... Era el mixto, que salía del pueblo a aquella hora... Avanzó el tren lentamente... El humo de la máquina parecía una sierpe monstruosa, que se prolongaba en ondulaciones infinitas... Don Juan, de pie, asido al sombrero con una mano para que no se lo llevara el aire, presenció el paso del convoy... De súbito, antes de llegar a él, dos personas, que venían asomadas a una ventanilla, le gritaron:

—¡Adiós, tío primo!

Don Juan vió, como en un relámpago a quienes lo insultaban así. Eran Pepilla y Machuca que, aún desde lejos, le hacían morisquetas con las manos... El médico, aunque tarde, comprendió que, en efecto, había estado haciendo el primo durante una larga temporada. ¡Se iban, se iban los malditos!...



Ella.—¡Vaya con el tío; es el único pa pegar sellos!

Dib. de Bellón.

El malpocado levantó los puños crispados al cielo. Y unas avecicas, tomándole por un espantapájaros, comenzaron a piar desafortadamente...

JOSÉ A. LUENGO.

SUCEDIDO

Hablando sobre el viajar en un café cierta tarde, Paco Ponce hacía alarde de haber viajado la mar.

—Yo he estado en Rusia, en Tonkin, en Flandes y en Conchinchina, en el Brasil, en la China, en Lisboa y en Pekín. He visto Lima, Alemania, París, Londres y el Japón, Viena, Chicago, Londres, Mónaco, Turín e Italia. No hay un rincón en la tierra do no haya ido en mis afanes. ¡Hasta he estado en los Balkanes donde ha estallado la guerra! Un comensal que le oía preguntó de buena fe:

—Entonces conoce usted de pe a pa la Geografía—.

Y Paco, que es un fantoche, que no ha visto ni aun la Guía, dijo—Por la Geografía, cuando pasé... ¡era de noche!

FOTOGRAFÍAS

SELECTAS: RARAS

Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correos o giro.

Escribid a P. Excelsior, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)



—Es viejo, pero riquísimo y barón ¡Claro que es un título!

Dib. de Soler.

Madame Dolores

Paso de comedia bailable en un acto, dos cuadros, que parten el alma, y una apoteosis.

Cuadro primero.

La escena representa un trozo de la Puerta del Sol. Al fondo, se ve una zanja—y el que no la vea que se jorobe—; a la izquierda del espectador se ve otra, y a la derecha hay otra nueva zanja que están abriendo. Bueno, esto de la decoración ya está *zanjado*.

Personajes: Adolfo Guerra y Antón Cañete, ambos jóvenes de esos que echan a las señoras las flores con tiesto y todo.

Guerra detiene a Cañete en el momento que éste cruza la escena con una carrera, que la de ingeniero industrial, a los dieciséis años, resultaría una marcha fúnebre.

—Caramba, Cañete, qué carrera; ¿es que vas a hacerle la competencia a Lerroux?

—(Cañete, deteniéndose). No, hombre; es que llevo tarde a la Academia de baile de Madame Dolores, donde voy a que me enseñen a dar la vuelta del "fox-trot".

—Pero hombre, si eso es muy sencillo: figúrate, yo que no sé bailar, fui la otra noche con unos amigos a un Cabaret, y en cuanto la orquesta tocó

un tango, cogí una turca, y chico, de primera.

—Bueno pero no tendrías más pareja que la de guardias que está a la puerta de esos establecimientos, que sería la que te llevó a la Casa de Socorro más próxima a que te dieran el amoníaco..

—¿Pero qué amoníaco ni qué niño difunto?, si la turca que agarré fue una morucha oriunda de Constantinopla, con una cara que la Chelito a su lao resultaba el general Weyler.

—¿Y te llevó algo?

—Me llevó en vilo; y luego, para recompensarla de los pisotones, la di unas gracias más finas que un fideo *delgado*.

—Pues, chico; yo voy ahora a la Academia porque me enseñan muy bien.

—Oye, ¿y te cobran caro?

—Cien pesetas; pero en cuanto llevo yo allí, la profesora, que tiene un cuerpo con una línea que ríete tú de la de Madrid, Zaragoza y Alicante, le dice al maestro, ¡maestro, un fox!, y en cuanto suena el fox, me agarra y me da la vuelta...

—Entonces no te lleva cien pesetas.

—¿Cómo que no?

—¿Pues no estás diciendo que tú le das cien pesetas, y que en cuanto ella te agarra te da la vuelta...?

—La vuelta del fox, hombre, que no hay que confundir.

—¿Y te podría acompañar yo?

—Pues claro; diciendo que eres un amigo que niensu matricularse mañana en la Academia, no hay inconveniente.

—Lo malo es, si cuando tú la digas eso, me pide algo adelantado.

—Pues le dices que lo único que la puedes dar adelantado es el reloj.

Cuadro segundo.

Han pasado veinticinco años.

La escena representa un trozo de la Puerta del Sol. Al fondo, se ve un gran hoyo; a la izquierda del espectador, se ve otro, y a la derecha hay otro nuevo hoyo que están abriendo.

(Está visto que la Puerta del Sol está destinada a tener más hoyos que la familia de Vinent.)

Colgado de uno de los balcones de la referida Puerta, hay un *cartelito* en el que se lee a 14 kilómetros de distancia, lo que tengo el honor de transcribir:

Madame Dolores y Monsieur Cañete.

Los mejores profesores de baile de España, Persia y sus alrededores, Carabanchel, inclusive.

Contamos con alumnos en todas las partes del mundo, y contamos con que vendrán ustedes a visitarnos a ésta su casa, que es la nuestra, o, lo que es lo mismo, a la nuestra que es la de ustedes.

En cualquier establecimiento que pregunte por nuestra academia, encontrará usted un discípulo nuestro.

Tenemos alumnos en todos los hoteles, bancos, prisiones y ministerios.



Una de ellas.—¿Qué barbaridad, como toma aquel coche la curva.

La otra niña (al pollo).—La tomarías tú a tanta velocidad?

La primera.—¿Quién, éste? ¡Si creo que cuando llevó a Luisa en su auto la tomó a paso de carreta!

Dib. de Gros.

En el hotel de enfrente, tenemos dos americanas. Los bancos están llenos, en prisiones, tenemos siete alumnos, que no pagan ni a su padre, y casi todas las señoritas del curso pasado, se encuentran en Estado.

Una buena academia con profesorado competente, es la base, es lavase y peinase.

Probad y os convenceréis; aquí, lo mismo damos la vuelta de charlestón, que se le siega el cuello a uno.

Apoteosis.

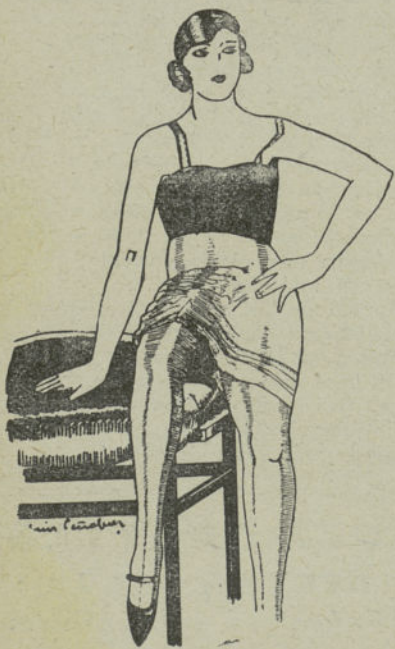
Antonio Cañete que, a fuerza de ir a la Academia, consiguió dar más vueltas que una cambiante, logró que Madame Dolores le diese el "sí", un día que la francesilla se puso tierna, y prometió llevarle a visitar varios países de América.

Y el pobre Cañete, que está más loco que una cabra, me decía ayer en una de las plataformas de la Puerta del Sol:

—Al fin, he conseguido mis dos ideales... ¡Francia! ¡América! ¡¡Madame Dolores!! ¡¡Voy a ver Chicago!!

Y acto seguido desapareció escaleras abajo.

RAMÓN MARTÍNEZ-ALVAREZ.



—¡Si se ha creído este imbécil que yo voy a pasar con cinco duros diarios, está, pero que muy mogón!

Dib. de Peñalver.



LAS BELLAS DEL CINEMATOGRAFO.—Liane Haid en la hermosa cinta de la U. F. A.
titulada "La isla de los sueños".



CONCURSO DE PIERNAS, PINRELES
Y PRIMERAS ZONAS DEL MUSLO

¡ NI NA, NI NA !
(FOTO WALKEN)